



XXX Domingo del Tiempo Ordinario

Meditación de la Palabra

Lc 18, 9-14.

LEYENDO A SAN AGUSTÍN

“¿Viniste a orar o a alabarte a ti mismo? Dijiste tener todo, nada pediste en condición de necesitado. ¿Cómo, pues, viniste a orar? Te doy gracias, Señor. No dice: «Señor, dame la gracia». Porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros. Entonces, ¿sólo tú eres justo? Porque no soy como ese publicano. Estás insultando, no exultando. Ayuno dos veces el sábado, doy los décimos de todo lo que poseo. ¡Oh rico merecedor de ser vaciado! Ven, ven tú, ¡oh pobre!, publicano hambriento; mejor, quédate ahí donde estás. El publicano estaba de pie a lo lejos pero el Señor se acercaba al humilde. Y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo. Allí adonde no se atrevía a levantar los ojos, allí tenía su corazón” (Sermón 290,6).

Para meditar

“De hecho, el publicano de la parábola se pone humildemente a distancia (cf. v. 13) —no se acerca, se avergüenza—, pide perdón y el Señor lo levanta. En cambio, el fariseo se exalta a sí mismo, seguro de sí mismo, convencido de su rectitud: de pie, se pone a hablar con el Señor sólo de sí mismo, alabándose, enumerando todas las buenas obras religiosas que hace, y desprecia a los demás: “No soy como ese de ahí...”. Porque esto es lo que hace la soberbia espiritual; pero Padre, ¿por qué nos habla de soberbia espiritual? Porque todos estamos en peligro de caer en esto. Te lleva a creerte bueno y a juzgar a los demás. Esto es la soberbia espiritual: “Yo estoy bien, soy mejor que los demás: este es tal y tal, aquel es tal y tal...”. Y así, sin darte cuenta, adoras a tu propio yo y borras a tu Dios. Se trata de dar vueltas en torno a uno mismo. Esta es la oración sin humildad.” (Papa Francisco, Ángelus, 23 de octubre de 2022).

